



HEINRICH HEINE

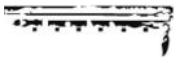
Ludwig Börne

Obras, traducción, prólogo y notas de Manuel Sacristán, Vergara, Barcelona, 1964, 1059 pp. (Ludwig Börne. Eine Denkschrift, Wfb Verlagsgruppe, 2006, 213 pp.)

C Quién fue Ludwig Börne? En algún lugar se ha dicho que leer es hablar con los muertos. El tiempo, decía el verso de Shakespeare, destruirá el don que una vez ha concedido. Sus sonetos, como sabemos, fueron su desafío a ese pronóstico. Sin embargo, la predicción se ha cumplido de otra manera: no podemos hablar con los muertos, sólo podemos escucharlos. Hasta cierto punto, leer es conservar una reliquia. Lo es un gran libro, el que desafía el paso del tiempo. Todos los libros lo intentan, pero sólo algunos lo logran, y las estanterías del mundo están llenas de volúmenes apenas leídos. Una biblioteca parece un relicario. Como autores, todos los muertos están dispuestos a hablar, pero no todos los lectores parecen dispuestos a escuchar. Hay demasiados libros por leer, y recurrimos al tópico de que la vida es breve. La razón parece de parte del lector. Pero no sabemos qué libros deberíamos haber leído hasta que lo hayamos hecho. Entonces la razón estará de parte del libro. La razón estará siempre al final, en esta rara contienda, de parte del libro, y por ello nuestra educación literaria no es un capítulo cerrado. Ni siquiera estamos obligados a desesperar tranquilamente. La reliquia deja de serlo cuando se invierten así los términos, cuando el lector tiene conciencia de que el testimonio de conservación y la afirmación de

posteridad que contiene son inapelables. Harold Bloom ha interpretado mejor que nadie la ansiedad que produce esa competición por la supervivencia de la expresión literaria: todo poeta ha debido ser antes un lector de poesía. La lectura depura así su propia veleidat. El arte de leer no es una cuestión libresca. Sólo importará la cantidad de vida depositada y extraída de los libros. Aunque todo pase textualmente de unas páginas a otras, la lectura no es sino un medio. Por decirlo con las palabras de Emerson, sólo nos importará la grandeza de los hombres como virtud representativa. Ningún gran libro (tal vez la Biblia menos que ningún otro) admite ser idolatrado. Un libro no es una reliquia, salvo en sentido figurado. Ocurre que sólo por la lectura de grandes libros advertimos que el sentido figurado o la capacidad simbólica son más potentes que la literal, que la letra mata. Los mejores libros tienen un poderoso efecto contrario a sí mismos, y el lector que no lo entienda creará que el volumen debe ser, sobre todo, preservado. Sin embargo, la fuerza de todo gran libro, del libro que pensamos que merece ser guardado como una reliquia, es expansiva. La prueba de que es así la tenemos, por ejemplo, en este título de Heinrich Heine, *Ludwig Börne*.

¿Quién fue Ludwig Börne? Sin preocuparnos por la historia real de las revoluciones en Europa durante el siglo XIX, podríamos decir que Ludwig Börne fue el pretexto de un excelente libro de Heine. Tenemos la impresión de que *Ludwig Börne* admite ser leído sin que estemos por completo seguros de que existió Ludwig Börne (tal como, salvadas las distancias, *Walden* puede leerse sin visitar la laguna de Walden). Esa impresión se la debemos al genio de Heine. No creo que sea injusto con Börne al decir esto. La existencia es un dato sobrevalorado por los historiadores de la literatura, y Heine, como hombre de letras, no admite ser encerrado en los estrictos límites de la historia literaria. ¿No vivió Heine exiliado en Francia? ¿Lo consideraremos un poeta alemán por la lengua en que se expresó? ¿No indica su interés por Börne una visión que superaba la adscripción nacional de las ideas políticas? ¿Qué habría pensado Heine de la adscripción nacional de las ideas literarias, tan corriente en nuestra época? ¿No es su crítica de Börne una severa corrección de lo que debería admirarse como amor a la patria? Heine fue un escritor capaz de señalar los límites de la grandeza de la cultura alemana. Al leerlo nos preguntamos si ha habido otro como él, y la triste respuesta es que su único parangón sea Nietzsche. Tenía una idea acabada de la función civil que la literatura podía cumplir, e intervino por ello en la lucha política que surgió tras los sucesivos fracasos revolucionarios en suelo europeo. *Ludwig Börne* se publicaría antes de la revolución de 1848. Pero no hay que olvidar que no había en Heine desprecio por la literatura como un arte. De hecho, el reproche a que se expone —que pone en boca de Börne— es haber supeditado la pasión política a la artística. Heine reprocharía a los alemanes como Börne haber supeditado la pasión política a la nacional. Con esto llegamos, a mi juicio, al corazón del libro, un “memorial” que termina, inolvidablemente, con la anécdota de la erección del obelisco en la plaza de Luis XVI de París. Heine recuerda que en la base del obelisco habían quedado unos huevos de escorpión que eclosionaron en suelo francés. La observación de Heine es una justificación de su obra frente a las picaduras venenosas de sus adversarios. Pero es asombroso el hecho de que Heine dé voz a las críticas que Börne le dirige al final del largo memorial que le ha dedicado. Heine no pensaba en Börne como una de esas “bestezuelas venenosas” que provocaron un revuelo mayor que la admiración que había despertado el inmenso obelisco. Hasta cierto punto, el reproche de Börne estaba justificado: Heine tenía una parte helena que convivía difícilmente con su parte hebrea.



RELIQUIAS



HEINRICH HEINE
Ludwig Börne

Como decía, en el corazón del libro se plantea la contraposición entre helenos y hebreos no como pueblos, sino como actitudes características de cualquier hombre. Heine es consciente de que Europa ha sido la cuna de esa difícil convivencia. Lo mejor que ha habido en el cristianismo habría mantenido viva la exigencia hebrea. (Lo peor, por usar el título de otra obra suya, habría llevado al “exilio de los dioses”.) Heine habla de Börne como nazareno. Ser justo con el judaísmo era una de las consignas que recorre las páginas de Heine. Numerosos pasajes de *Börne* están dedicados a esa evocación piadosa, más significativa aún en quien se había convertido circunstancialmente al protestantismo. La cultura, sin embargo, había sido una fuerza de distinción, no de nivelación, por lo que Heine no abjuraría nunca de la “religión de la belleza” de cuño heleno. Heine fue consciente de que la cultura había generado en Alemania una aristocracia intelectual superior, en todos los órdenes, a la feudal, y se mostró suspicaz respecto a que la eliminación de los privilegios supusiera una nivelación de las conquistas espirituales llevadas a cabo en Europa. Heine habría sido tanto un poeta como un escritor revolucionario. Sus observaciones despectivas sobre el nacionalismo de signo reaccionario pueden leerse junto a las burlas sobre la democracia americana, donde todos los hombres son “igual de palurdos”. En su propósito de hacer justicia con la literatura a la realidad política de Europa no tuvo lugar el aprecio por que la democracia hubiera sido originalmente una revolución cultural. Este defecto de la apreciación habría quedado compensado por el humor con el que Heine se sobreponía al ostensible fracaso de la revolución en Europa: aún tiene un encanto que desaparecerá en el furor de Karl Kraus. Sólo acordándonos de que jugaba con las ideas podemos excusar la fantasía que le llevó a creer que un mismo hombre podría ser el salvador de Alemania y el Mesías del pueblo judío. Heine estuvo a las puertas de un nuevo mundo en que la conversación entre el helenismo y el hebraísmo se distinguiría como otra de las tareas pendientes de la democracia. Esa condición hace de *Ludwig Börne*, más que un memorial de su tiempo, una reliquia del nuestro.

Javier Alcoriza